

Adultocentrismo como exclusión de las personas viejas

Adult centrism as exclusion of old people

Resumen

En el contexto latinoamericano y caribeño una de sus matrices de interpretación es la condición adultocéntrica de la sociedad que sostiene asimetrías de dominio contra las personas viejas. Su ideología -el adultismo- y su expresión etaria -el edadismo- conforman este sistema y posibilitan su reproducción y actualización en los imaginarios, discursos y prácticas. La mayor presencia de personas adultas mayores en nuestras sociedades plantea actualmente un conjunto de interrogantes críticas respecto de cómo enfrentamos este sistema de dominio y de qué manera podemos construir alternativas políticas para enfrentar las diversas exclusiones que viven las personas adultas mayores.

Palabras claves: personas viejas; adultocentrismo; soledad no deseada; aislamiento social; diálogos intergeneracionales.

Abstract

In the Latin American and Caribbean context, one of its interpretive frameworks is the adult-centric condition of society that sustains asymmetries of power against older people. Its ideology—adultism—and its age-related expression—ageism—shape this system and enable its reproduction and perpetuation in collective imaginaries, discourses, and practices. The increased presence of older adults in our society currently raises a series of critical questions about how we confront this system of domination and how we can build political alternatives to address the various forms of exclusion experienced by older adults.

Key words: Old people; Adultocentrism; Unwanted loneliness; Social isolation; Intergenerational dialogues.

Introducción

Las personas adultas mayores o viejas son un grupo social cada vez más masivo, heterogéneo y que, plantean interrogantes críticas a la sociedad en que habitamos. Particularmente porque la precarización en que se encuentran, la

¹ Sociólogo y educador popular. Coordinador académico del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes de la Universidad de Chile. Correo: claudioduarte@uchile.cl

soledad no deseada que les deteriora y la falta de vínculos-redes que les aporten a resolver sus necesidades con dignidad, está siendo parte del panorama desolador en esta época en nuestra región latinoamericana-caribeña.

Los sentipensamientos que ensayo en este texto, buscan contribuir a provocar reflexiones individuales y colectivas, en comunidades, familias y agrupaciones sociales para abordar el tipo de sociedad que estamos construyendo y en ese escenario los lugares y valoraciones que tienen las personas viejas.

Considerar ese escenario como adultocéntrico, en intersección con otros sistemas de dominio, ayuda a complejizar esta categoría de análisis, nos evidencia que las múltiples formas de opresión que experimentan estas personas adultas mayores condensan la presencia de dicho pluridominio más allá de sus edades y desgastes. También desde las construcciones sociales que hacemos de la vejez y las marcas estigmatizantes que vamos imprimiendo en sus cuerpos.

En este ensayo, ofrezco una reflexión articulada en tres pasos. Comienzo proponiendo algunos conceptos que organizan mi calidoscopio: adultocentrismo, adultismo y edadismo. En el segundo paso, propongo algunos datos cuantitativos y cualitativos que nos hablan del crecimiento de la población vieja en nuestros países, así como de las dinámicas relacionales que se han venido experimentando en las últimas décadas y que les posicionan como un grupo social y unos imaginarios de la vejez profundamente discriminatorios. Finalmente, en el paso tres propongo algunas pistas para plantearnos desde nuestras comunidades desafíos epocales desde la perspectiva de los diálogos intergeneracionales.

1. Conceptos para construir un calidoscopio: adultocentrismo, adultismo y edadismo.

Para la construcción de un calidoscopio como sistema de observación de la realidad social, centrado en la pregunta por las condiciones de vida de las personas viejas en América Latina y El Caribe, a continuación despliego algunos argumentos sobre la existencia de un orden adultocéntrico en la sociedad. Este adultocentrismo lo hemos venido trabajando conceptual y metodológicamente a partir de experiencias con juventudes en organizaciones y comunidades populares. La categoría de análisis que hemos elaborado permite la observación crítica de las realidades de las personas y grupos que, de alguna manera, sufren la precarización de sus vidas por efectos de este orden adultocéntrico.

De esta manera, en trabajos anteriores he abordado la existencia del adultocentrismo desde la pregunta por las realidades juveniles (Duarte, 2001; Duarte, 2018) y en esta ocasión lo hago a partir de la interrogación por las realidades de las personas viejas en nuestras sociedades.

Considero al adultocentrismo como un modo de organización social que se produce a partir de relaciones de dominio entre aquello que es moldeado como adultez, impuesto como referencia unilateral, respecto de lo que es con-

cebido como juventud, niñez y adultez mayor o vejez. Dicha noción de adultez está instituida desde una cierta idea de lo que la mayoría –mayor edad- implica en estas relaciones sociales, que se sustentan sobre la construcción de minoridades –menor edad- (Duarte, 2016). Así, adultocentrismo refiere a la existencia de un orden en que la adultez o lo adulto en cada época y cultura implican superioridad, modelo a seguir y a quienes la poseen la capacidad de decidir por quienes están desprovistas de ella –porque “aún no han llegado” o “porque ya salieron”-. Para comprender de mejor manera este orden social, propongo considerar cuatro dimensiones que lo componen: la simbólica, la material, la corporal-sexual, y la política (Duarte, 2016).

La dimensión simbólica refiere a la construcción de unos imaginarios en que se reifica el ciclo vital, imponiendo unas nociones del ciclo vital como conjunto de etapas que todo individuo en sociedad debe vivir, de manera homogénea, delimitando ciertas tareas para alcanzar su desarrollo que se obtendría cuando se alcance la adultez y que se perderían al salir de ella y refiere a: *lo productivo* en el mercado capitalista del trabajo, *el consumo opulento* en dicho mercado; *lo reproductivo* en una sexualidad heteronormada y la legitimidad para *vigilar que se cumpla la norma social* (Duarte, 2016). Las personas adultas mayores y en especial las de clases empobrecidas no tienen condiciones de cumplir con estas exigencias como veremos en detalle más adelante.

Además, en este imaginario adultocéntrico, el ciclo vital sería lineal, irreversible, con claras muestras de superioridad al llegar a la adultez respecto de la valoración de las otras “etapas” de la vida –niñez, juventud y adultez mayor-. Se ponen límites rígidos a estas etapas, con expectativas como las señaladas que se espera que cada individuo logre, se transmite la idea de que se trata de etapas sucesivas y universales para la población.

De igual forma, este imaginario se funda en una noción del tiempo lineal y de progreso infinito, lo que es utilizado de forma mecánica para construir las nociones sobre el ciclo vital como uno que debiera ser de progreso permanente hasta la adultez plena y luego de retroceso hacia la vejez.

A partir de estos imaginarios de adultez, se niegan los posibles aportes que las personas viejas hacen en la sociedad. Por una parte, se les invisibiliza negando capacidades por desgaste, enfermedad, dependencia o “ciclo cumplido”; y, por otra parte, se les revisibiliza en un marco restringido y coherente con lo que son las propias concepciones adultas sobre vejez y el envejecimiento como un problema que requiere ser atendido por otros/as y no por ellos/as mismos/as.

La dimensión material hace referencia a los procesos económicos en que se bloquea o promueve el acceso o clausura de las poblaciones adultas mayores a bienes y servicios que les permitan reproducir su vida. Considerando el contexto de economía capitalista neoliberal, los procesos de desechabilidad de las personas viejas del mercado laboral implica que son expulsados de la producción económica, reduciéndoles a consumidores o gasto en el caso de las pen-

siones o costos por enfermedad. Para los sectores empobrecidos, los efectos de esta expulsión y permanente clausura del acceso a bienes y servicios producen profundos procesos de precarización social (Duarte, 2016).

De esta manera, las personas viejas son sometidas a procesos de alta dependencia y subordinación. Se les asocia a similares características psicobiológicas que en su niñez o juventud: incapacidad, debilidad e ignorancia y se les vuelve objeto dependiente de la acción caritativa que otros/as harán hacia ellos/as.

Este modo de organizar la materialidad de la reproducción de la vida -en complemento con los imaginarios antes planteados- evidencian que las relaciones sociales que con las personas viejas se establecen en la sociedad profundizan en las brechas que el adultocentrismo produce. Si estas condiciones las intersecamos con factores de clase, género, racialidad, capacidades y territorio, se muestran con mayor crudeza y gravedad las injusticias del dominio en nuestra sociedades.

La dimensión corporal-sexual -que se interseca con la condición patriarcal y la heteronormatividad- refiere a los modos en que, desde las instituciones sociales, los mundos adultos gestionan los deseos y las corporalidades de las personas viejas, niña y jóvenes. Instituciones como las familias, escuelas, iglesias y políticas públicas se han consolidado mayormente como entidades legítimas para condicionar y reprimir diversas decisiones que toman las personas en su vida sexual (Duarte, 2016).

En esta dimensión, el peso principal lo tiene la consideración respecto de los cuerpos de las personas mayores, los que ya no se adecúan al modelo de belleza y reproducción que se impone en esta época. De esa forma, las personas mayores van incorporando -metiendo dentro de su cuerpo- la ideas de que el suyo es un cuerpo gastado y no útil para el deseo. En especial estos discursos apelan a las mujeres en tanto ya no pueden reproducirse y se las desaloja como personas deseantes y que puedan experimentar placer. Para los varones en tanto, la industria farmacéutica ha elaborado estimulantes químicos que les permiten obtener una cierta respuesta en la intimidad sexual, la cual enfatiza la reducción del placer masculino a la penetración y lo coital, inhibiendo el descubrimiento de otras formas de acceso al goce. En esta gestión del deseo y las corporalidades, las personas viejas no heterosexuales experimentan similares embates de este adultocentrismo que les desprecia por no cumplir la heteronorma, pero ahora agrega el argumento de la vejez como acabamiento.

Y finalmente, *la dimensión política* refiere a los modos en que se crean y reproducen dinámicas para la toma de decisiones en los distintos ámbitos de la sociedad. En cuanto al sistema electoral, las personas viejas son consideradas importantes porque mantienen la asistencia a emitir su sufragio en cada evento. Para ellos y ellas, las ofertas de quienes postulan a algún cargo de elección enfatizan su consideración como electores activos y al mismo tiempo como ciuda-

danos activos, ya que en el intervalo de tiempo entre cada uno de estos eventos, no se les vuelve a considerar como protagonistas de los asuntos políticos que les incumben.

Con todo, la dimensión política del adultocentrismo expresa intensamente unas sociedades que, en sus distintos ámbitos –familia, sistema educativo, empleo, y comunidades, entre otros– se construyen desde las decisiones adultas con baja o nula consideración de los aportes de las personas adultas mayores.

En el estado actual de la teorización sobre adultocentrismo estas dimensiones nos permiten conceptualizarlo como un sistema de dominio que interseca con el patriarcado, la racialización, la segregación territorial, el capacitismo, y el capitalismo, en el contexto de lo que denomino sociedades de pluridominio (Duarte, 2016).

Este sistema adultocéntrico, se reproduce y fortalece con dos componentes vitales, una ideología -el adultismo- y una cosificación de la edad -el edadismo-. Si retomamos el planteo de Bourdieu: “siempre se es joven o viejo para alguien” (1990, p. 164) y lo consideramos en este calidoscopio para observar la cotidianidad de las personas viejas, encontraremos que en un mismo día experimentan posiciones de viejos/as, en algunas se les infantiliza² -para enfatizar sus incapacidades-, y en otras se les exige cierta “madurez” adulta cuando se les pide que respondan de determinadas maneras. Tanto el adultismo como el edadismo se hacen parte de esta cotidianidad.

Aquí nos sirve hacer una analogía con el patriarcado como sistema de dominio, el machismo como su ideología y el sexismo como la cosificación de los cuerpos. En lo que en esta reflexión nos interesa destacar, el adultismo lo conceptualizo como un conjunto de ideas, representaciones e imaginarios que se traducen en ideología para darle legitimidad y asegurar la reproducción del sistema de dominio adultocéntrico, así como para regular las posibles alternativas al mismo, tal que a pesar de la crítica que pueda elaborarse no se constituyan transformaciones sustantivas de las asimetrías que produce (Duarte, 2016; Morales y Martínez, 2024).

Este adultismo se transversaliza en las dimensiones antes señaladas y se profundiza en los imaginarios que consolidan al adultocentrismo como un orden natural e imposible de transformar. Así, la llegada a la vejez es percibida inevitablemente como una fase de acabamiento y de tiempo de los descuentos -en jerga futbolística- en que se juegan los últimos momentos de la vida.

Complementario a esta ideología, considero el edadismo como cosificación de la edad promoviendo un uso abusivo de ella. El edadismo permite problematizar que no sólo basta con tener una mayor edad para gozar de los

² Infancia viene del latín “que no habla”, “no tiene voz”. Esa es una de las quejas más recurrentes de las personas viejas en su cotidianidad: que las personas con quienes viven y quienes representan a diversas instituciones, no valoran su palabra, ni su opinión y tienden a considerarles como sin capacidad de decisión.

privilegios del adultocentrismo. La edad, en tanto elaboración social, está sujeta al uso que de ella se haga (Duarte, 2015). Un ejemplo es lo que he venido planteando sobre las personas viejas, aunque poseen mayor edad, la interpretación que desde cierto límite se hace de ella como acabamiento posibilita que personas de menor edad maltraten o ninguneen a las personas mayores. En América Latina y El Caribe, la edad común de jubilación - 60 años para las mujeres y 65 para los varones - lleva a que simbólicamente el edadismo opere como exclusión y marginación de diversos ámbitos de la vida social, aunque no hayan hecho efectiva dicha jubilación.

A partir de estos aspectos, hipotetizo que el edadismo no solo se refiere a una discriminación por edad contra grupos considerados vulnerables –niñez, juventud, y adultez mayor–, sino que permite el uso de la edad como factor para construir realidad y legitimar que se obtengan privilegios adultocéntricos (Sagrera, 1992). De esta manera, el edadismo se vincula a las significaciones de la edad como dato duro -resultado de la resta de la fecha actual con la fecha de nacimiento de una persona-, y que es resignificado para otorgarle un valor social en la construcción de la mayoría-minoridad (Duarte, 2016).

2. Personas adultas mayores en América Latina y El Caribe.

En las últimas décadas uno de los procesos globales de importancia ha sido el crecimiento poblacional, especialmente en lo que respecta a la transición demográfica, que ha llevado a que, a partir del aumento de la esperanza de vida y la baja de la fecundidad en la población, exista hoy una mayor proporción de personas viejas, respecto de otras épocas de la historia.

América Latina y El Caribe muestran un proceso de envejecimiento en la segunda mitad del siglo XX y en este primer cuarto del siglo XXI, en qué pasamos de tener un 5,2% de personas mayores de 60 años en 1950, a que en la actualidad esa proporción llegue al 13,4%. Se estima que para el 2060 casi un tercio de la población tendrá más de 60 años (CEPAL, 2023). Una distinción de género relevante en este panorama es que este aumento en la esperanza de vida es mayor en las mujeres que en los varones.

En términos absolutos se estima que para el 2055 el grupo de personas mayores de 60 años superará al de los tres tramos etarios anteriores (0 a 19, 20 a 39 y 40 a 59) que estarán por debajo de los 200.000.000 de habitantes, mientras que la población adulta mayor superará esa cifra (CEPAL, 2023). Para la CEPAL (2023) este proceso indica que hemos pasado de una sociedad de jóvenes en la región, a una mayormente compuesta por adultos/as, hacia lo que se está produciendo hoy como sociedades envejecidas.

Esta mayor presencia de personas adultas mayores en América Latina y El Caribe ha implicado un conjunto de dinámicas que necesitamos atender, entre otras:

- a) Tal como ya adelanté, venimos observando actualizaciones del adultocentrismo para sancionar la desechabilidad de las personas adultas mayores porque no producen, no se reproducen (las mujeres), se enferman y son un gasto. Si bien este sistema de dominio atenta principalmente contra niños, niñas y jóvenes, también lo hace, como he planteado en este texto, contra las personas viejas³.
- b) Otra dinámica que observamos, en el contexto de la neoliberalización de las sociedades en la región, es la mercantilización de la vejez a través de la oferta de bienes de consumo (deporte, paseos, estética, belleza) que intentan hacer creer que se trata de un tiempo de la vida placentero y sin dificultades. Estos bienes están lejos del alcance de las y los viejos pobres que quedan excluidos y marginados de ese acceso.
- c) Como sociedad no sabemos cuidar. Por siglos esta tarea ha sido impuesta a las mujeres, bajo la idea de que serían seres naturalmente dispuestas a esto. Al recaer en ellas, las exigencias del mercado del trabajo las saca de lo doméstico, pero las obliga a cumplir las tareas del cuidado de personas mayores en doble o triple jornada. En las últimas décadas también ha ocurrido en las familias empobrecidas que esta labor se les demanda a las personas jóvenes -mayormente mujeres-, porque se asume que disponen de tiempo fuera de la jornada escolar y se les exige “ayudar” en las tareas familiares, cuestión que no se reconoce como trabajo. No estamos preparados, ni tenemos condiciones para cuidar a las personas viejas en las familias y comunidades -tampoco el Estado ausente favorece políticas al respecto- y para acompañar de forma humanizada su proceso de envejecimiento.
- d) Investigaciones recientes han evidenciado la importancia de considerar los procesos de soledad no deseada que están experimentando las personas viejas junto a las dinámicas de aislamiento social (Observatorio del Envejecimiento, 2025). La primera como condicionamiento subjetivo que se agudizan por no sentirse consideradas ni valorizadas para la toma de decisiones en los diversos ámbitos de su vida. La segunda como la falta de redes de vinculación y convivencia que les permita sentir seguridad de que podrán satisfacer sus diversas necesidades.

Es interesante considerar que a pesar de vivir con otras personas, la soledad -en lo subjetivo- y el aislamiento -como falta de soportes materiales para la reproducción de la vida- pueden ser significativos para estas personas viejas.

³ De alguna manera también lo hace contra las personas socialmente consideradas como adultas, pero eso es asunto de otra reflexión.

- e) Una de las dinámicas sociales que refuerza esta alerta en torno a los modos en que sobreviven las personas viejas a su envejecimiento es el aumento en la tasa de suicidios que ha venido ocurriendo en el último tiempo.

Las cifras más altas de suicidios a nivel mundial están en el grupo de personas mayores, especialmente las de 70 y más años, con una tasa promedio de 27,45 suicidios por cada 100.000 habitantes, a medida que avanza la edad sube la tasa llegando a 58 suicidios por cada 100.000 habitantes en las personas de 80 años y más (IHME, 2020).

En esta situación es importante intersectar con género, ya que son los varones quienes más atentan contra sus vidas. Las cifras muestran, a nivel global, una mayor tasa de muertes de la población masculina de 65 a 74 años con una tasa de 41,5 suicidios por cada 100.000 habitantes, mientras que la población femenina la tasa llega 14,1; si se considera al grupo de mayores de 75 años la diferencia aumenta con una tasa de 55,7 suicidios respecto de 18,8 muertes femeninas (IHME, 2020).

- f) Estas cifras nos alertan respecto de cómo la construcción de masculinidades sigue teniendo una incidencia importante en la población adulta mayor, respecto de las exigencias de cumplir un conjunto de mandatos que, en las condiciones de precarización y vulnerabilidad que hemos analizado se vuelven imposibles de alcanzar para los varones viejos. Son puestos socialmente como personas que ya no poseen competitividad productiva, pierden potencia sexual, autonomía e independencia económica. Son señalados como quienes ya no pueden -por su envejecimiento que los vuelve incapaces- ejercer sus mandatos de proveedor, protector, reproductor y van perdiendo las claves para construir prestigio, cuestiones que hasta antes de hacerse viejos posiblemente podían desplegar.

Una de las cuestiones que el campo de estudios de las masculinidades en América Latina y El Caribe ha mostrado son las dificultades, sino incapacidad, de los varones a lo largo de su trayectoria de vida para enfrentar los dolores y conflictos colaborativamente -pedir ayuda y dejarse ayudar- así como, cuidarnos preventivamente -acudimos a atención médica cuando las enfermedades están avanzadas-, y también permitarnos la vulnerabilidad. De esta forma se hipotetiza que los varones no estamos entrenados para el autocuidado y la resolución afirmativa de los conflictos y dolores (Madrigal; Tejeda, 2020).

- g) Una dinámica que me permito plantear a modo de ejemplo, y que va a contracorriente de las anteriores, refiere a los procesos en que la vejez era considerada en nuestra sociedad como un sinónimo naturalizado de sabiduría y por lo tanto la palabra de estas personas era

validada como indiscutible y se imponían por el solo hecho de que lo dijera una persona adulta mayor. Sin embargo, en muchas ocasiones eso permitió la imposición de ideas y prácticas a partir de este artificio adultocéntrico en que la mayoría se impone a las minoridades.

El aprendizaje que podemos elaborar refiere a la necesaria desnaturalización de la vejez como sabiduría, o como experiencias superiores o posesión de la verdad en cualquier ámbito. Esto porque niega, como plantearé más adelante, la capacidad de los/as seres humanos/as de seguir aprehendiendo a lo largo de toda su vida y las oportunidades políticas que los diálogos inter y transgeneracionales ofrecen para la construcción de comunidades. En ellos, como veremos lo que se busca estimular es el intercambio respetuoso y democrático de perspectivas y experiencias con independencia de la edad de quienes dialogan. Quizás esta precarización de las vidas de personas viejas en el actual contexto de envejecimiento poblacional y agudización de las condiciones neoliberales y adultocéntricas les ha hecho perder esa posición de privilegio, para pasar cada vez más a tener mayor valor la imagen de desechabilidad y acabamiento que he analizado. Se abre así una oportunidad de resistencia, la de resignificar la vejez no como acabamiento ni como sabiduría naturalizada sino la de seres humanos/as que se encuentran con otras personas para construir colaborativamente un mundo de dignidad. A continuación, profundizo en algunos de estos sentipensamientos.

3. Desafíos epocales y generacionales

Desde hace décadas, a partir del trabajo con juventudes, hemos venido elaborando aprendizajes en torno a la importancia de promover diálogos generacionales como alternativas a las relaciones adultocéntricas en nuestra sociedad. Se trata de una estrategia en que ponemos en valor la capacidad de todas las personas, con independencia de su edad, para elaborar aprendizajes a partir de la reflexión que realizan de lo que han vivido. Asumimos que todas las personas tienen esa capacidad y pueden desplegarla a lo largo de su vida. Este conjunto de aprendizajes es lo que concebimos como experiencias. De esta manera, enfatizamos en la noción de que todas las personas poseen experiencias, que ellas son fruto de una acción reflexiva y que pueden constituirse en el dispositivo que permite el vínculo entre generaciones que comparten esas experiencias.

En este sentido, comprendemos dialogar como la producción colaborativa de saberes, que se nutren desde estas experiencias y permiten la mutua nutrición en los procesos de compartir sus reflexiones. Así, buscamos enfrentar el artificio adultocéntrico que impone la idea de que “tener experiencias” es sinónimo de prestigio y se resuelve cuantitativamente de acuerdo a la edad (a

mayor edad superior valor de las experiencias) o a los años en un determinado lugar (por ejemplo, años de trabajo implicarían mayor experiencia). Más bien, proponemos una noción cualitativa que le otorga importancia a la calidad de dichas experiencias y a los aportes que los aprendizajes ahí producidos pueden hacer a la reproducción de la vida digna.

En concreto, lo que podría promoverse es el encuentro en tiempo presente entre generaciones para provocar diálogos en torno a como desde cada posición generacional se están viviendo los fenómenos que caracterizan el tiempo presente. A estas iniciativas las llamamos diálogos intergeneracionales.

También pueden promoverse diálogos a partir de que las generaciones mayores van compartiendo los modos en que se han experimentado fenómenos que permanecen en el tiempo, a partir de sus propias experiencias o de las interpretaciones que hacen de lo que vivieron las generaciones anteriores a ellos/as. A esto le llamamos diálogos transgeneracionales. Así, ambas modalidades, lo intergeneracional y lo transgeneracional se retroalimentan en procesos que buscan que la producción de experiencias sea el eje del compartir y de las posibilidades de buscar el despliegue de procesos conjuntos para la producción de vida en justicia y dignidad.

Una pregunta que suele surgir en estas experiencias es ¿qué le pueden enseñar las y los jóvenes a las personas viejas? El artificio adultocéntrico utilizado es que dada su “falta de experiencia” no podrían contribuir con novedades a las personas mayores, sin embargo, las iniciativas que venimos desarrollando en diversos tipos de comunidades (religiosas, educativas, políticas, deportivas, entre otras) nos muestran que el compartir entre diversas generaciones es una oportunidad de aprendizaje para todas las personas que se vinculan en ellos. Enfrentar este artificio exige reconocer que las personas podemos elaborar aprendizajes hasta el último día de nuestras vidas. Al mismo tiempo, permite profundizar en las confianzas y en el trabajo colaborativo a partir del mutuo reconocimiento de sus condiciones como actores/as legítimos en tiempo presente para la transformación de la sociedad.

Así, promover diálogos entre generaciones, puede resultar una estrategia que nos aporta a enfrentar las condiciones precarias de vida que las personas viejas están viviendo. Puede también contribuir a enfrentar la soledad y el aislamiento social a través de la construcción de redes en sus comunidades.

4. Conclusiones

En los sentipensamientos ensayados he puesto énfasis en las condiciones de precarización de la vida que agravia a las personas viejas empobrecidas en nuestros países. Las diversas expresiones de discriminación por ser viejos/as agrava las carencias económicas que experimentan y otras privaciones propias

del neoliberalismo actual. La soledad que les acosa y la falta de redes de cuidado son de los efectos más graves de atender.

La lucha contra el adultocentrismo, adultismo y edadismo nos alienta a concebir a las personas viejas con potencialidades y capacidades para contribuir en la construcción de comunidad, jugando un rol protagónico en ello.

Los diálogos entre generaciones en tiempo presente -lo intergeneracional- y con mirada de larga duración de la historia -lo transgeneracional- son alternativas a las brechas y disputas que promueve el adultocentrismo. Compartir experiencias por medio de estos diálogos, co-construir alternativas comunitarias a la precarización adultocéntrica y capitalista, resultan oportunidades políticas de transformación.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu P. (1990). La “juventud” no es más que una palabra. En *Sociología y Cultura*. Grijalbo.
- CEPAL (2023). Panorama del envejecimiento y tendencias demográficas en América Latina y el Caribe. En <https://www.cepal.org/es/enfoques/panorama-envejecimiento-tendencias-demograficas-america-latina-caribe>.
- Duarte, K. (2001) “¿*Juventud o Juventudes?* Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles”. En *Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica*. Duarte Klaudio y Danahé Zambrano (Editores). San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI.
- Duarte, K. (2016). Genealogía del adultocentrismo. La constitución del patriarcado adultocéntrico. En K. Duarte & C. Álvarez (Eds.) *Juventudes en Chile. Miradas de jóvenes que investigan* (Vol. 1, pp. 17-47). Social Ediciones, Universidad de Chile.
- Duarte, K. (2018) “Juventudes en América Latina y El Caribe. Imaginarios, tendencias y preguntas críticas”. (Vol. 77, pp. 13-30)
- Institute for Health Metrics and Evaluation (IHME). Causes of Death (COD) Visualization Viz Hub. University of Washington [Internet]. University of Washington; 2020 [Consultado 25 Nov 2021]. Disponible en <https://vizhub.healthdata.org/cod/>
- Madrigal Rajo, L. J., & Tejeda Guardado, W. (2020). Hombres de cuidado ¡en emergencia! Los Cuidados y masculinidades en el actual contexto COVID-19 en Centroamérica. *Revista Punto Género*, (13), pp. 109– 130. <https://doi.org/10.5354/2735-7473.2020.58196>
- Morales S. y Martínez, M. (2024). *Adultocentrismo ¿Qué piensan chicas y chicos?* Barcelona: Octaedro.
- Observatorio del Envejecimiento (2025). Soledad no Deseada y Aislamiento Social en la Vejez: Prevalencia, Factores de Riesgo y Estrategias de Acción. Año 6, v37. Centro de Estudios de Vejez y Envejecimiento de la

Pontificia Universidad Católica de Chile y Compañía de Seguros Confuturo.

Sagrera, M. (1992). El edadismo: contra 'jóvenes' y 'viejos', la discriminación universal. Fundamentos.

Klaudio Duarte Quapper